

INSÓLITAS SITUACIONES DIARIAS

Antonio Moreno Ayora

La agilidad narrativa y la facilidad para la invención son dos de los puntos fuertes que siempre se han advertido en el arte literario del cordobés (de Fernán Núñez) Fernando Molero Campos, y estos se renuevan ahora en la exposición de este conjunto de relatos de *Los fantasmas nuestros de cada día*, donde vemos que el interés del primero ya lo despierta el escritor con el titulado “Vidas al óleo”, que inicia la serie de otros doce más, todos ellos de considerable (y no breve) extensión que completan las doscientas páginas del libro, muy bien editado y con una muy legible tipografía que será una de las basas para acercarse a él.

El concepto de “fantasma” le cuadra a la perfección a esa primera historia citada, por tratar de un pintor que en su alucinada existencia ve a su hija habitando sus propios cuadros; pero debe entenderse en otro sentido si lo aplicamos a la segunda “Cartas del director”, porque remite con veladas críticas a la moralidad personal y al sentido social de la literatura, a los diversos pensamientos que diferentes personajes vierten sobre la personalidad pública de un poeta y profesor universitario, y todo ello al hilo de la propia opinión que la hija de este tenía de cómo era profesional e íntimamente su padre, del que desliza fragmentos de vida y pensamiento para poder comprenderlo.

La mediana extensión del argumento de “La maleta de Sara Herzprung” crea, por añadidura, un alto grado de interés en la narratividad de una anécdota que, iniciada a partir de un descuido fortuito, conduce a situaciones verdaderamente inesperadas que dan un giro insólito a la vida del protagonista Alberto Cebrián, cuyas confidencias aparecen además adornadas por las varias modalidades discursivas del texto: el doblemente literario, el propio del diario, el del relato y el de la novela de Goethe. La rapidez en la narración, el detalle oportuno y el tono íntimo del pensamiento dan la mayor fundamentación narrativa a este excelente texto que al final encierra hasta una moraleja.

Como decimos, es admirable, afortunada la facilidad de Molero Campos para hacer pasar al lector de una temática a otra de las que enriquecen su invención. Eso ocurre, por ejemplo, con la titulada “Eras río, ya eres mar”, ambientada en los tiempos del exilio republicano español y centrada en la vida de un poeta impresor del que dan pistas, entre otras, esta breve concreción: “sus ocupaciones en imprentas de todo tipo con las que daban a conocer lo mejor de la poesía en lengua castellana de su tiempo [...], ni litorales por los que el caballo verde de la poesía galopara [...]”. El argumento lo sirve la voz de una mujer, nieta del poeta que, basándose en sus recuerdos de niña, se esfuerza denodadamente en “comprender a aquel hombre que de una u otra manera había gobernado su destino”, para todo lo cual recrea fragmentos conocidos de la historia literaria española de aquellos años (Lorca, Moreno Villa...).

La variedad, el impacto, los crea el autor de muy diversas maneras. Se da el caso de que en el texto “Nicolás y yo somos uno” todo queda subordinado a su

llamativo comienzo en esta primera frase: “Al final no me quedó más remedio que matarlo, a mi hermano”. A partir de aquí el argumento se interna por una despiadada relación familiar que tiene asimismo su variante fantástica o fantasmagórica. Y es ese sesgo familiar, kafkiano, el que contrasta con el carácter más realista y sentimental del siguiente cuento, “El pinchazo”, cuyos protagonistas tienen un nombre genérico (K., J.L., P.) y una tensa relación amorosa que los conduce a vivir una insólita situación en su convivencia personal. Porque es precisamente en la delineación de situaciones sorprendentes, escenas de misterio y fantasmagoría, o inusitadas incursiones a la cotidiana realidad, en lo que es maestro Molero Campos, que afina su arte en nuevos títulos como son “De los archivos del diablo”, “El destino” o “El observador de las galaxias”. Y de esa cotidiana realidad recupera sin duda los hechos con que se tiñe “En tierra de nadie”, cuando vemos a Lazar “empujar el carro de la chatarra, que cimbreaba y recompone su carga, amortiguado por dos ruedas agónicas, gastadas”. Es esta una incipiente acción que desemboca en una crítica contra la xenofobia a la que apelan estas mismas palabras que describen a Lazar “hipnotizado por aquella maldad sin sentido”, luego refrendadas por otras finales con las que se denuncia que “los índices de violencia han crecido en nuestro país considerablemente en los últimos años”. Lo cierto es que los recursos de estos relatos se encadenan, contrastan o diversifican para ir trazando una radiografía verdaderamente chocante de la realidad que nos circunda. Y Molero Campos tiene una innata capacidad literaria para captar los latidos humanos del entorno. Así, leemos muy concretamente en “Como quien espera otra oportunidad” que hay “un narrador anónimo [que] ha decidido hacerse cargo de su destino”; siendo este, otro oportuno relato que si por una parte finge hacerse eco de la falsedad de las apariencias, por otra quiere “demostrar que es posible la felicidad en este mundo transido de despropósitos y catástrofes regidas por un destino contra el que nada pueden hacer los hombres”. De paso, y en sus líneas finales, se descubre también el lado irónico y sarcástico de la vida.

La vida, en su amplitud de matices o de enfoques, es lo que ha querido retratar, con sus preocupaciones o rarezas (“Los fantasmas...”) y en su transcurrir diario (“...de cada día”), este conjunto de textos en los que reencontramos frecuentes alusiones literarias o cinematográficas como es usual en los textos de Fernando Molero. Este, en las dos últimas entregas del volumen -que suman el total de los trece títulos- plantea primero (“Zombis somos”) la rara existencia de unos personajes que, quizá por esa rareza, se sienten muertos como zombis, y luego (en “La vida soñada de Alexander Revén”) la escalofriante historia que sume en la soledad y la locura al profesor Revén. Se cierra así este otro volumen que ha acogido Ediciones En Huida y que viene a continuar con tan buen estilo como los anteriores, e incluso mejorando y enriqueciendo su mundo narrativo, este otro de *Los fantasmas nuestros de cada día*, en donde uno de los más prolíficos autores de la narrativa cordobesa sigue aquilatando su invención, reforzando su mundo con la diversidad y originalidad de sus argumentos y sorprendiendo siempre con su modo ágil, certero, fresco y bien trabado de sus relatos. A estos valores no solo quedan vinculados este último y otros títulos anteriores (*En la playa (Relatos sencillos para leer tumbados en la arena)*, *El heladero de Brooklyn*, *En el baño*, *Tiernos espíritus poéticos*) sino otros dos con los

que ensayó el género mayor de la novela propiamente dicha: *¿Quién se esconde detrás de Nosferatu?* y *La cabeza cortada de Yukio Mishima*. Por ello, sigamos sin descuido la narrativa de Fernando Molero Campos -premiada en tantos concursos y certámenes- porque se lo merece a tenor de las dosis que contiene de muy estimable consideración literaria. Para el futuro, por cierto, nos tiene ya anunciada otra bajo el título de *La carne y la palabra*.